

“No os regocijéis”

Basado en Lucas 10:1 al 24

“Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20).

CUANDO PENSAMOS en los discípulos de Jesús, nos vienen a la mente los doce que escogió y, más específicamente, tres: Pedro Santiago y Juan. Sin embargo, muchos otros lo seguían como discípulos de un lugar a otro y a ellos también les dio una instrucción específica.

Jesús estableció a doce, pero también designó a otros setenta (ver Luc. 10:1) y los envió de dos en dos a todas las ciudades y los lugares que estaba a punto de visitar. Tenían que prepararle el camino para que pudiera llegar como maestro y ministro. A los setenta les dio instrucciones específicas sobre cómo abordar a la gente. No quería que sus representantes molestasen o fueran donde no eran bien recibidos. Les advirtió que no siempre serían bienvenidos y que no tenían que desanimarse por ello.

Los setenta también recibieron dones sobrenaturales para sanar y ministrar como señal de que eran enviados de Jesús. Su éxito fue clamoroso. Enseñaron y sanaron, de manera que la mayor parte del pueblo los escuchaba y respondía favorablemente. Aquellos primeros misioneros estaban eufóricos. Cuando hubieron acabado su misión, corrieron de vuelta a Jesús llenos de gozo, entusiasmados y gritando: “¡Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre!” (Luc. 10:17).

En medio de tanto entusiasmo, Jesús hizo una declaración extraña. Les dijo que no se alegraran al respecto. Es más que probable que ese consejo les cayera como un jarro de agua fría. Pero Jesús terminó su declaración: “Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Luc. 10:20).

“No os gocéis por el hecho de que poseéis poder, no sea que perdáis de vista vuestra dependencia de Dios. Tened cuidado, no sea que os creáis suficientes y obréis por vuestra propia fuerza, en lugar de hacerlo por el espíritu y la fuerza de vuestro Señor. El yo está siempre listo para atribuirse el mérito por cualquier éxito alcanzado. Se lisonjea y se exalta al yo y no se graba en otras mentes la verdad de que Dios es todo y en todos. [...] Por lo tanto, gozaos de que mediante Cristo habéis sido puestos en comunión con Dios, como miembros de la familia celestial” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 465, 466).

He aquí una razón para sentirse feliz: usted forma parte de la familia de Dios.

Jesús, lleno de alegría

Basado en Lucas 10:1 al 24

“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: `Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Lucas 10:21).

DE JESÚS SE HABÍA profetizado que sería “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento” (Isa. 53:3). Así fue exactamente. Los malentendidos, las críticas, las acusaciones, el vilipendio y el rechazo eran constantes. Con todo, no lo envolvía una atmósfera de tristeza. Si así hubiera sido, no habría atraído a los niños.

“Jesús trabajaba con alegría y tacto. [...] A menudo expresaba su alegría cantando salmos e himnos celestiales. A menudo los moradores de Nazaret oían su voz que se elevaba en alabanza y agradecimiento a Dios. Mantenía comunión con el cielo mediante el canto; y cuando sus compañeros se quejaban por el cansancio, eran alegrados por la dulce melodía que brotaba de sus labios. Sus alabanzas parecían ahuyentar a los malos ángeles, y como incienso, llenaban el lugar de fragancia” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 56).

Dice la Biblia que un incidente en particular llenó a Jesús de santa alegría. De hecho, de haber estado allí, habríamos podido escuchar que Jesús se reía con regocijo. Los setenta misioneros que había designado acababan de regresar y estaban llenos de excitación. “En aquel momento Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: `Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad” (Luc. 10:21, NVI).

¿A quién no le gustaría haber estado allí para ver a Jesús tan lleno de alegría? Otra pregunta: ¿A quién no le gustaría tener un poco de su alegría? Usted puede y sabe cómo. Jesús oró a su Padre para que sus hijos se amaran unos a otros, guardaran sus mandamientos y se mantuvieran alejados del mal del mundo, “para que tengan mi gozo completo en sí mismos” (Juan 17:13). A pesar de que sus enemigos lo odiaban, él estaba alegre.

Cuando era niño, en la Escuela Sabática solíamos cantar: “Yo tengo gozo, gozo, en mi corazón” (*Himnario adventista*, ed. 1962, n° 458). Ahora soy mucho más viejo, pero sigo teniendo esa alegría.

Cómo pedir

Basado en Lucas 11:5 al 8

“Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios. Ayuda mía y mi libertador eres tú; ¡Jehová, no te detengas!”
(Salmo 70:5).

PARA ALGUNAS PERSONAS, mendigar es la forma más fácil de suplir sus necesidades. Pedir es más fácil que trabajar. De tener oportunidad, la mayoría de la gente prefiere trabajar.

Pero no podemos trabajar para ganarnos el favor de Dios. Jesús enseñó que, si tenemos una necesidad, debemos pedirle que la supla. Lucas 11 registra que, después que les hubo enseñado el Padrenuestro, Jesús los exhortó a que, además de pedir, rogasen. Para ello les contó una parábola que hablaba de un hombre que, a medianoche, iba a la casa de su amigo y le rogaba que le diera tres hogazas de pan. Su amigo le dijo que la familia ya se había ido a la cama. Pero, como el hombre le rogaba con tanta urgencia, el amigo se levantó y le dio tantos panes como necesitaba. De esto podemos aprender tres cosas:

Debemos pedir con urgencia. Es preciso que reconozcamos nuestra necesidad extrema. No es habitual que alguien dé dinero a los pobres sin que antes se lo pidan. Un médico no prescribe un medicamento para alguien que no está enfermo. Jesús no sanó al ciego hasta que este acudió a él y se lo pidió. Los fariseos no admitían que estaban ciegos, por lo que “Jesús les respondió: ‘Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora, porque decís: ‘Vemos’, vuestro pecado permanece’” (Juan 9:41). Jesús abre los ojos del ciego que confiesa su ceguera.

Es necesario que pidamos con sinceridad. Nuestra confesión ante Dios tiene que ser franca, sincera y explícita. No tenemos que ocultarle nada, porque nada podemos ocultarle. Él conoce nuestra culpa, pero quiere que nosotros también la conozcamos. Es preciso que confesemos todos y cada uno de los detalles de nuestro pecado, despojándonos de excusas y sin disculparnos. Para salvarnos de los efectos de ese preciso pecado Cristo tuvo que morir; por lo que, si no somos perdonados, sufriremos la muerte eterna.

Tenemos que rogar con sinceridad. “Apresúrate a mí, oh Dios. [...] ¡Jehová, no te detengas!” (Sal. 70:5). Cuando no podamos vivir por más tiempo sin el Salvador, él vendrá a nosotros.

Jesús, mi oración es: “No te dejaré, si no me bendices” (Gén. 32:26).

Trabajar con Jesús

Basado en Lucas 11:14 al 23

“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lucas 11:23).

JESÚS VINO a este mundo con un propósito: destruir las obras del diablo. Por eso dedicó tanto tiempo a la curación. Se dio cuenta de que el diablo hace que la humanidad viva bajo el peso del dolor y la miseria y quería que el pueblo viera que estos no pueden existir en su santa presencia. Los que fueron sanados alababan a Dios y eran testimonio viviente de que el Salvador desea y es capaz de destruir los efectos del pecado.

Cierto día trajeron ante Jesús a un hombre para que lo sanara (ver Mat. 12:22). Jesús sabía que la causa de los problemas físicos de este hombre era la posesión demoníaca, por eso echó el demonio del hombre. Algunos de los espectadores “se maravillaron y admiraron del poder de Dios”. Pero los fariseos se mostraron escépticos. Siempre que intentaban echar fuera demonios lo convertían en un espectáculo. A veces, hasta parecían tener éxito. Pero en tales casos, la “curación” era temporal y el demonio acababa regresando. Los demonios no obedecen a los que no se han convertido.

Jesús leyó sus pensamientos y dijo que, puesto que los demonios habían sido expulsados del hombre, el diablo había sido completamente derrotado porque el diablo no puede expulsarse a sí mismo permanentemente. Entonces Jesús dio la vuelta al argumento y preguntó: “Si yo echo fuera demonios en nombre de Belzebú, ¿en nombre de quién los echan ustedes?”. Luego, con tono admonitorio, añadió: “A mí me ha bastado el dedo de Dios para echar fuera ese demonio; en cambio ustedes combaten contra el reino de Dios”.

Hay personas que se jactan de que pueden superar cualquier defecto de su carácter únicamente con fuerza de voluntad. Quizá sea así. Sin embargo, el resultado no será permanente. Si uno solo busca ayuda en sí mismo, llegará el día en que será impotente. “Alzaré mis ojos a los montes. ¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra” (Sal. 121:1, 2).

Señor, sin ti nada puedo. Perdóname cuando trato de vivir por mis propias fuerzas. Tengo la voluntad, pero no el poder.

Las leyes del vuelo

Basado en Lucas 11:28

“Hay camino que al hombre le parece derecho, pero es camino que lleva a la muerte” (Proverbios 16:25).

A MENUDO VIAJO en avión. Lo reconozco, que los aviones levanten el vuelo me desconcierta. Sin embargo, no es magia. La aerodinámica tiene sus leyes. Jamás nadie ha volado si no es conforme a las leyes de la aerodinámica. Nadie las establece de propia cosecha ni pregunta a sus amigos qué significan.

Los científicos han aprendido que, hagan lo que hagan en su campo de estudio, deberá ser de acuerdo con los principios que lo gobiernan. Pero, por alguna razón, muchos creen que son libres de adaptar las leyes de la fe y la moral a su gusto.

No inventamos ni reescribimos las leyes de la Física, sino que las descubrimos y las acatamos. De hecho, las tenemos que obedecer tanto si las hemos descubierto como si no. Sin embargo, cada vez más, hay quienes creen que, en lo que al comportamiento humano se refiere, todo depende de las preferencias personales.

Quizá pueda engañar a alguien durante un tiempo. Quizá se engañe usted mismo constantemente. Pero jamás conseguirá engañar a Dios. La razón por la cual seguimos desafiando y haciendo caso omiso de las leyes de Dios es que la retribución ha sido pospuesta. Si pilotamos un avión y quebrantamos las leyes de la aerodinámica, pagamos el precio inmediatamente. Pero en los asuntos que tienen que ver con la fe y la moral, pueden pasar generaciones antes de que se noten las consecuencias. Y, sin embargo, son igual de ciertas.

Aunque algunos podrían desear que no fuera así, es preciso que en la vida del cristiano la Biblia tenga tanto la primera como la última palabra. Mi automóvil es un Buick Century del 2000. Cuando compramos el coche, en la guantera había un manual del propietario. A la hora de hacer el mantenimiento, puedo elegir si sigo las instrucciones o bien me las salto a la torera. Pero no está en mi mano decidir si las instrucciones son correctas o erróneas o si puedo reescribirlas. Son normas establecidas por el fabricante del vehículo, que es quien mejor sabe cómo mantenerlo en perfecto estado de funcionamiento. Desobedecerlas no va a mi favor.

No nos corresponde a nosotros decidir cómo debemos vivir. Dios nos creó y estableció las reglas. Sería prudente que, por su gracia, vivamos según sus reglas.

La señal de Jonás

Basado en Lucas 11:29 al 36

“La lámpara del cuerpo es el ojo. Cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas” (Lucas 11:34).

UNA GRAN MULTITUD rodeaba a Jesús. Si hubieran sido admiradores y creyentes, habría sido alentador, pero no eran más que curiosos. Jesús sabía qué hacía que un grupo tan grande de gente se mantuviera junto: buscaban una señal. Por eso les reveló que conocía sus pensamientos. “Esta generación es mala; demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás” (Luc. 11:29).

¿Cuál era la señal de Jonás? Jonás fue arrojado al mar y permaneció en él durante tres días, tras los cuales salió vivo y predicó al pueblo de Nínive para que se arrepintiera. La experiencia de Jonás era la señal que hizo que se apartaran de sus caminos de maldad. De la misma manera, la muerte y la resurrección de Jesús, así como la predicación del evangelio a los gentiles, sería la última advertencia a la nación judía.

En el juicio, los ninivitas los condenarán porque, al fin, se arrepintieron después de escuchar la predicación de Jonás. Incluso la reina de Saba los condenará porque acudió a escuchar las palabras sabias de Salomón; no para satisfacer la curiosidad que tenía la multitud, sino para recibir información sobre el Dios verdadero y su culto.

El evangelio de Cristo es como una vela que se coloca sobre el candelero para que todos puedan verla y encuentren el camino. La vela estaba en medio de aquella generación, pero ellos estaban ciegos. Sin vista, la vela no nos hace ningún bien.

Si el ojo ve correctamente, toda la mente está llena de luz. Tenga cuidado. Jesús advirtió que los ojos de la mente no deben quedar cegados por el prejuicio y el pecado. No sea como aquellos que nunca desearon sinceramente conocer o hacer la voluntad de Dios y, por tanto, andan en tinieblas.

¿Qué otra señal necesitamos que el propio hecho de que Jesús muriera y resucitara para salvarnos del pecado? La pregunta que tarde o temprano todo el mundo debe formularse no es si Jesús murió para salvar a su pueblo de sus pecados, sino qué haremos al respecto.

*Señor, abre mis ojos para que pueda ver
las muchas evidencias de lo que has hecho por mí.*

Qué es preciso temer

Basado en Lucas 12:3 al 5

“Os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, pero después nada más pueden hacer. Os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno.

Sí, os digo, a este temed”
(Lucas 12:4, 5).

¿DE QUÉ TIENE MIEDO? ¿De los huracanes? ¿De los tsunamis? ¿De los ladrones? ¿Tiene miedo a alguna enfermedad? ¿Tiene miedo de morir? Los investigadores de la Universidad Johns Hopkins informaron que, hace treinta años, lo que más temían los escolares de primaria era: (1) los animales, (2) estar a oscuras en una habitación, (3) los lugares altos, (4) los desconocidos y (5) los ruidos fuertes. En la actualidad, los niños tienen miedo de lo siguiente: (1) del divorcio, (2) de la guerra nuclear, (3) del cáncer, (4) de la polución atmosférica y (5) de ser víctima de un atraco.

Los tiempos han cambiado. ¿No ve ninguna tendencia? El mundo es cada vez más violento y los miedos son más graves y generales. ¿Qué decir de promesas como: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Juan 4:18)? La lectura de los versículos que preceden y siguen a esta promesa explica que el temor mencionado se refiere al juicio. Esto no quiere decir que si usted tiene el perfecto amor no debe temer a las serpientes. Para eso hay otras promesas.

Jesús nos dijo qué tenemos que temer. ¡Imagine! El Príncipe de paz nos dice que tenemos que temer algo. Y, por cierto, no es el diablo. Aquí tiene una traducción al lenguaje moderno del texto para memorizar de hoy: “A ustedes, amigos míos, les digo que no deben tener miedo de los que matan el cuerpo, pero después no pueden hacer más. Yo les voy a decir a quién deben tenerle miedo: ténganle miedo al que, después de quitar la vida, tiene autoridad para echar en el infierno. Sí, ténganle miedo a él” (Luc. 12:4, 5, DHH). Jesús advertía contra la hipocresía. A Dios no podemos ocultarle nada.

Para el cristiano que quiere ser como Jesús, esta es una buena noticia, no es mala. Dios nos ve y lo sabe todo sobre nosotros. Por tanto, si lo amamos y lo obedecemos, nos llevará al cielo, a ningún otro lugar...

Dar testimonio

Basado en Lucas 12:8 y 9

“Os digo que todo aquel que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del hombre lo confesará delante de los ángeles de Dios; pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios”
(Lucas 12:8, 9).

A ALGUNOS, la petición de dar testimonio los incomoda. Piensan que para dar testimonio tendrán que dirigir estudios bíblicos, repartir volantes u organizar un seminario sobre Apocalipsis. Son cosas de cierta trascendencia y no todo el mundo se siente capacitado para llevarlas a cabo. Sin embargo, el texto para memorizar de hoy nos recuerda que tenemos la responsabilidad de hablar de nuestra fe.

Permita que le sugiera que, antes de “arrojar la toalla”, considere el hecho de que el programa testimonial empieza con el hecho de reconocer a Cristo como Señor de nuestra vida. No es preciso que nos pongamos una pegatina en la frente ni que lo gritemos en las esquinas. Basta con que lo vivamos. Los demás notarán cuándo las elecciones y las decisiones que tomamos en la vida se ajustan a su voluntad. No tendremos que decir nada. Eso se llama “dejar brillar la luz”.

En cierta ocasión, en un crucero, un hombre acabó completamente mareado. Si alguna ocasión hay en que alguien se siente incapaz de trabajar por el Señor, es esa. Mientras ese hombre estaba postrado se enteró de que alguien había caído por la borda. Se preguntaba si podía hacer algo para ayudarlo. Tomó una lámpara de sobremesa y la acercó al ojo de buey de su camarote. El accidentado se salvó. Unos días después, cuando se hubo recuperado del mareo, el hombre estaba en cubierta, hablando con el rescatado, el cual dio su testimonio. Dijo que, tras haberse hundido por segunda vez, cuando ya estaba a punto de volver a hundirse por última vez, levantó la mano. Justo en ese instante, alguien sostuvo una luz delante de un ojo de buey y un rayo de luz iluminó la mano en alto. Entonces un hombre lo agarró y tiró de él, poniéndolo a salvo en el bote salvavidas.

Aquí había dos testigos. Uno le decía al otro cómo había sido salvado y el otro le contaba cómo había levantado la luz. Usted y yo tenemos una historia que contar. En primer lugar, podemos vivir una vida que muestre que Jesús es nuestro Señor. Luego, cuando se presente la oportunidad, podemos contar la historia.

Señales

Basado en Lucas 12:8 y 9

“Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

MUCHOS MIEMBROS DE IGLESIA piensan que, dado que el pastor recibió una formación específica para ganar almas, es mejor que se aparten de su camino y le dejen a él esa tarea. Pero el plan del Señor para el crecimiento de su iglesia no es ese. Todos los miembros tienen que desempeñar una función.

No se cierre a las nuevas ideas y maneras de dar testimonio. Todavía hay métodos por descubrir. En cierta ocasión, una hermana de la iglesia le dijo al pastor que no le gustaba el método de evangelización que él usaba. “¿Y cuál es el suyo?”, le preguntó el pastor. Ella respondió que no tenía ninguno. Entonces el pastor le contestó: “Me gusta más el mío que el suyo”.

¿Dónde podemos empezar a dar testimonio? Cristo se reunía con los infieles allí donde se encontraban. Se dio cuenta de algo que muchos cristianos de hoy en día parecen no haber entendido. El agricultor tiene que ir al campo. Según se ha podido contar a partir del registro de los evangelios, Jesús habló o actuó directamente en la vida de 132 personas. Seis de ellas estaban en el templo, cuatro en la sinagoga y el resto fueron ocasiones de la vida ordinaria. Quizá el mejor lugar para empezar sea en casa...

Hay una razón por la cual a veces dar testimonio puede parecer difícil. Pero, si queremos, podemos hacer algo al respecto. “Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo delante del mundo, a menos que viva en él la mente y el espíritu de Cristo. Es imposible comunicar lo que no poseemos. La conversación y la conducta deben ser una expresión verdadera y visible de la gracia y verdad interiores. Si el corazón está santificado, será sumiso y humilde, los frutos se verán exteriormente, y ello será una muy eficaz confesión de Cristo” (*Consejos para la iglesia*, p. 146).

Podemos confesar al Señor nuestros miedos o carencias. Podemos orar para que haga que el Espíritu Santo more en el corazón. Un buen testimonio no es como un vendedor que está tratando de vender algo. Un buen testimonio es como una señal de tráfico. No importa si es vieja o nueva, basta con que esté en el lugar adecuado y señale cuál es la dirección correcta. Somos testigos de Cristo y señalamos hacia él.

Señor, ayúdame para que los demás vean en mí una señal que los guíe a ti.

Muchas maneras de dar testimonio

Basado en Lucas 12:8 y 9

“Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos” (1 Crónicas 29:11).

HAY MUCHAS MANERAS de confesar a Cristo. Algunas no son públicas, sino personales. “¿Confesáis a Cristo en la manera como gastáis los medios que él os ha confiado? [...] Si Cristo recibiera lo que le pertenece en diezmos y ofrendas, no quedaría tanto para ser empleado en egoísmo, en baratijas y adornos. Ni se gastaría en vestidos, en excursiones de placer, en fiestas o en banquetes. Podemos confesar a Cristo al no realizar preparativos extraordinarios para las visitas; podemos negarlo haciendo una preparación más que común, que toma un tiempo que en verdad pertenece al Señor. [...] Antes de iniciar una diversión para la gratificación del yo, preguntaos lo siguiente: ¿No es este el tiempo que le pertenece a Dios, y su dinero, el que yo estoy gastando sin necesidad? Abrid vuestro libro de cuentas y ved cómo están vuestras cuentas con Dios, con vuestra casa y con el mundo” (*Nuestra elevada vocación*, p. 194).

“Todo lo que se oponga al fruto del Espíritu, o a la obra de Dios que separa a su pueblo del mundo, es una negación de Cristo, cuyas palabras son: ‘Todo aquel que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios’” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, p. 413).

Si confesamos a Cristo ante los hombres, él nos confesará ante Dios y los ángeles. Además de que sufrió por nosotros y que tenemos que beneficiarnos de su sufrimiento, confesará que nosotros hemos sufrido por él y que su reino y sus intereses en la tierra avanzaron con nuestro sufrimiento.

“Cristo está pronto a venir en gloria; y cuando su majestad se revele, el mundo deseará haber tenido su favor. En ese momento, todos desearemos un lugar en las mansiones celestiales. Pero los que no confiesen a Cristo ahora en palabra, en vida, en carácter, no podrán esperar que él los reconozca delante de su Padre y de sus ángeles santos” (*En los lugares celestiales*, p. 287).

Señor, haz que pueda ser testigo tuyo en cada momento de mi vida.

Ganancia que es pérdida

Basado en Lucas 12:13 al 15

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: `No te desampararé ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

¿QUÉ ESTARÍA DISPUESTO usted a hacer a cambio de diez mil dólares? Dos tercios de un grupo de encuestados estarían de acuerdo con al menos una, si no varias, de las posibilidades siguientes:

- abandonaría a toda su familia (25%),
- abandonaría su iglesia (25%),
- se prostituirían durante una semana o más tiempo (23%),
- renunciarían a la nacionalidad (16%),
- se separarían de su cónyuge (16%),
- dejarían en libertad a un asesino por no testificar en un juicio (10%),
- matarían a un desconocido (7%) o darían a sus hijos en adopción (3%).

Aquí tiene el resultado de la codicia. La codicia es el deseo excesivo de adquirir o poseer más de lo que se necesita o se merece, en particular referido a las riquezas materiales. Otra palabra para hablar de avaricia es “egoísmo”.

Por cierto, no piense que solo los ricos son codiciosos. La codicia es una actitud. Uno de los problemas a los que se enfrentan los que deben acudir a los refugios para gente sin hogar es que tienen que vigilar constantemente lo poco que poseen para que ningún otro se lo robe.

Cierto día, uno de los que escuchaban a Jesús le planteó una pregunta que era a la vez egoísta y trivial. Después de una concienzuda discusión sobre las graves dificultades que les deparaba el futuro, “le dijo uno de la multitud: `Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia” (Luc. 12:13).

Ese personaje acababa de oír a Jesús predicando a la multitud y su rotunda reprensión a los escribas y los fariseos y se dio cuenta de que hablaba con tal autoridad que nadie se atrevía a discutir con él. Pensó que, con toda seguridad, Jesús avergonzaría a su hermano para que fuera más generoso con él.

Jesús debió decepcionarse mucho al ver que las solemnes verdades espirituales que les había enseñado no habían calado en la mente ni en el corazón de ese hombre. Su único pensamiento era obtener la herencia. Eso es codicia.

Estimado lector, ¿qué ocupa su mente y su corazón?

Abundancia de bienes

Basado en Lucas 12:13 al 15

“Porque nada hemos traído a este mundo y, sin duda, nada podremos sacar” (1 Timoteo 6:7).

AL PEDIRLE que resolviera una disputa entre un hombre y su hermano en relación a una herencia, Jesús pudo haber dado la respuesta correcta. Conocía la ley y sabía qué era lo correcto en ese caso; pero los hermanos discutían porque ambos eran codiciosos. Sin embargo, respondió cortés pero firmemente: “Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?” (Luc. 12:14). En otras palabras: “No me ocupo de resolver disputas de esta clase”.

Entonces, dirigiéndose a los que lo rodeaban, dijo: “Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Luc. 12:15). Aquí se nos presenta la naturaleza y la forma del reino de Cristo. No es un reino de este mundo porque es espiritual. No interviene en los poderes civiles ni toma el poder de las manos de los príncipes. No se vale de la religión para fomentar nuestras esperanzas en el provecho mundano.

Cristo contó esta parábola para mostrar la necesidad de quienes ponen todas sus esperanzas en el mundo. El hombre “vivía como si no hubiese Dios, ni cielo, ni vida futura; como si todo lo que poseía fuese suyo propio, y no debiese nada a Dios ni al hombre” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 202).

Cada día mi esposa y yo damos algunos frutos secos a las ardillas que, cruzando el patio, se acercan a la puerta trasera de nuestra casa. Si vienen de una en una, comen tranquilamente. Pero si vienen varias a la vez, se comportan más como niños egoístas que como ardillas. A veces se persiguen unas a otras entre los muebles del patio, riñendo con violencia y agitando sus tupidas colas. Me gustaría poder enseñarles a compartir con los demás, pero eso no es natural en esos animales salvajes.

En cierta ocasión, alguien dijo: “La avaricia es el resultado lógico de la creencia de que la muerte es un punto final. Tomamos lo que podemos, mientras podemos, como podemos y nos aferramos a ello”.

“Vivir para sí es perecer. La codicia, el deseo de beneficiarse a sí mismo, se para al alma de la vida. El espíritu de Satanás es conseguir, atraer hacia sí. El espíritu de Cristo es dar, sacrificarse para bien de los demás” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 202).

El rico necio (Parte 1)

Basado en Lucas 12:16 al 21

“Así ha dicho Jehová: `No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas me agradan´, dice Jehová” (Jeremías 9:23, 24).

UN DÍA un hombre se acercó a Jesús. Estaba enojado porque su hermano no le daba su parte de la herencia. Jesús se negó a participar en la disputa, pero aprovechó la situación para contar una parábola sobre un hombre rico que tenía mucha tierra. Cada año la cosecha era más grande, hasta el punto de que acabó faltándole espacio para almacenarla. De modo que decidió derribar los graneros y construir otros más grandes. “Luego”, dijo, “me retiraré a comer y beber y a hacer lo que me plazca”. Pero esa misma noche Dios le dijo: “Siento que fueras tan necio y solo pensaras en ti mismo. Esta noche morirás; ¿quién disfrutará de todo eso por lo que tanto te esforzaste?”.

Si no queremos cometer sus mismos errores, es preciso que reconozcamos que lo que hizo el hombre era absurdo. De ello podemos aprender algunas lecciones:

Es absurdo atribuirse el mérito de las abundantes bendiciones del Señor. Si nuestra única preocupación es acumular para nosotros mismos de las cosas buenas que proporciona la vida, hemos olvidado que no son nuestras, que nosotros no somos más que mayordomos de los bienes del Señor.

Es absurdo que acumulemos posesiones. Tenemos que estar dispuestos a usar los recursos de que disponemos para ayudar a los demás –a los pobres, los forasteros, los huérfanos y las viudas– en lugar de pensar solo en nosotros mismos.

Es absurdo suponer que tendremos un futuro próspero y libre de problemas. El mañana es incierto. Está en manos de Dios.

Mañana veremos más formas de caer en la trampa de ser como el rico insensato.

Señor, ayúdame a compartir tus bendiciones con los demás.

El rico necio (Parte 2)

Basado en Lucas 12:16 al 21

“Las riquezas del rico son su ciudad fortificada; como un muro defensivo se las imagina”
(Proverbios 18:11).

Es ABSURDO PENSAR que encontrar espacio para nuestras riquezas terrenales resolverá el problema de la avaricia. Cuanto más tenemos, más nos preocupamos por ello.

Es absurdo tomar una decisión precipitada, sobre todo si tiene que ver con algo grande y costoso, sin añadir un: “Si el Señor quiere” (ver Sant. 4:13-15). El tiempo está en manos de Dios, no en las nuestras, y no sabemos qué nos depara el futuro.

Es absurdo posponer el disfrute de la abundancia para el momento en que pensemos que hemos alcanzado la cima. Es posible que desaprovechemos la bendición que el Señor quiere darnos aquí y ahora.

Es absurdo confiar en que nuestros tesoros están a salvo de cualquier eventualidad. En una hora podrían quedar reducidos a cenizas; caer pasto de la pilla y el moho; o ser objeto del pillaje de los ladrones.

Es absurdo pensar que cuanto más tengamos, más felices seremos. Los ricos también tienen problemas. Por ricos que seamos, el dolor y la enfermedad, los problemas familiares y, sobre todo, un sentimiento de culpa pueden robarnos la tranquilidad.

Es absurdo utilizar nuestra riqueza sobre todo para *comer y beber y ser felices*, para disfrutar de la carne y satisfacer el apetito sensual, sin pensar en hacer el bien a los demás.

Mañana llegaremos a la conclusión de las lecciones de la parábola del rico necio.

Señor, sé que mis instintos no son de fiar. Soy de naturaleza egoísta. Cámbiame, te lo ruego. Dame tu sabiduría.

El rico necio (Parte 3)

Basado en Lucas 12:16 al 21

“El temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia”
(Job 28:28).

TODAVÍA PODEMOS EXTRAER una última lección de la parábola del rico necio. Jesús continuó la parábola, colocándose en lugar del hombre: “Y diré a mi alma: ‘Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate’”.

Imaginar que comiendo, bebiendo y siendo felices le hacemos un bien al alma es la mayor de las insensateces. Decir: “Cuerpo, no te impacientes, porque tienes todo lo que necesitas para muchos años”, sería mucho más sensato. Pero el alma no se alimenta de cosas materiales. Pensar que la felicidad está en las cosas es causa de una gran parte de nuestros problemas.

Cuando alguien ama tanto las cosas terrenales que le es imposible vivir sin ellas, abre la puerta al sufrimiento, tanto físico como mental. Por ejemplo, algunos han asumido riesgos innecesarios para mantener intactas sus riquezas. Murieron porque entraron en casas incendiadas o se obstinaron en oponer resistencia a ladrones armados. Al parecer, tenían la sensación de que sin sus posesiones materiales la vida no merecía la pena.

Otros, cuando se ven obligados a desprenderse de sus riquezas, caen en una desesperación agónica, hasta el punto de suicidarse. Una vez, seis hombres armados irrumpieron en la caja fuerte de un banco de Londres y robaron objetos de valor tasados en más de siete millones de dólares. Una señora, cuyas joyas estaban valoradas en medio millón de dólares, se lamentó: “Todo lo que tenía estaba ahí. Mi vida entera estaba en esa caja”. ¡Qué triste comentario sobre sus objetos de valor!

El rico era insensato porque no tenía puesto el corazón en el lugar correcto. Estaba en las cosas terrenales, no en las celestiales. Colosenses 3:2 nos aconseja: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Este consejo no va destinado solo a los ricos. Se puede ser muy pobre y, a la vez, vivir según los valores del mundo: acumular, acumular y acumular. La mala noticia es que “el Seol y el Abadón nunca se sacian” (Prov. 27:20). Solo hay dos maneras de conseguir lo suficiente: acumular cada vez más o desear menos.

Señor, dame lo suficiente para que no caiga en la tentación de robar pero no tanto que acabe olvidándome de ti.

El lirio de los valles

Basado en Lucas 12:27

“Yo soy la rosa de Sarón, el lirio de los valles”
(Cantar de los Cantares 2:1).

POCAS FLORES hay que sean tan delicadas y bellas como el lirio de los valles. A los fotógrafos les encanta captar su imagen. Su uso como adorno en las bodas está muy extendido. Es especialmente popular en Europa, donde aparece en varios escudos de armas. En Francia es tradición venderla por las calles el primero de mayo.

Desde antiguo, millares han apreciado la belleza de los lirios en todas sus variantes. Cuando el rey Salomón dio instrucciones para construir el templo, ordenó que las dos columnas de la entrada estuvieran coronadas por sendos capiteles de dos metros de altura en forma de lirio (ver 1 Rey. 7:19). A la columna de la derecha la llamó Jaquín y a la de la izquierda Boaz (vers. 21).

Un día Jesús tenía que enseñar una lección importante al pueblo y a sus discípulos en particular. Quería ponerlos en guardia ante un pecado específico, el de la distracción y la preocupación desconfiada por los asuntos de la vida; porque la preocupación es señal de que tanto el tesoro como, por consiguiente, el corazón, están puestos en cosas terrenales.

Dijo: “¿Por qué preocuparse por tantas cosas?”. Luego hizo que la atención se centrara en las flores que salpicaban la ladera de la colina: “Y por el vestido, ¿por qué os angustiáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?” (Mat. 6:28-30).

El lirio de Palestina al cual se refería Jesús no es la pequeña flor blanca en que solemos pensar; es una flor silvestre común, que crece en el camino. Es, por lo tanto, una flor accesible a todos. De la misma manera, Jesús quiere que todos sepan que él es humilde y que es fácil acceder a él. Él nos invita a tomarlo, llevarlo con nosotros a casa y permitir que el perfume de su vida nos dé alegría y consuelo. Vino para todos: ricos y pobres, jóvenes y viejos. También vino para usted.

El mejor entre diez mil

Basado en Lucas 12:27

“Considerad los lirios, cómo crecen: no trabajan ni hilan, pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos” (Lucas 12:27).

A VECES ENCARGO flores por Internet. He descubierto que cuando encargo lirios del Perú, por la misma cantidad de dinero obtengo más flores y mayor colorido. Procure echarles un vistazo alguna vez. Son una verdadera oferta. Además, son flores alegres. Bueno, no es que estén felices, sino que verlos me alegra. Son delicados, coloridos y huelen bien.

Los lirios, como todas las flores del campo, nos recuerdan que Jesús es generoso. Nos bendice con abundancia. Mire cualquier ladera que esté cubierta de flores. ¿Quién las puso ahí? A veces, miro mi propio patio y, entre el césped, cerca del suelo, veo que crecen unas florecillas pequeñas y delicadas que, probablemente, son malas hierbas. Algunas son amarillas y otras de color añil, pero todas son perfectas.

Los lirios nos recuerdan que Jesús hace algo más que tan solo cubrir las necesidades. Además de ofrecernos la vida, nos ofrece la felicidad. Además de querer salvarnos, desea rodearnos de belleza. Quiere que respiremos un aire puro y, además, perfumado con el suave olor de las flores.

Al igual que el lirio de los valles, la fragancia de la justicia de Cristo está disponible para todo ser humano. Es como si el Salvador hubiese dicho: “Yo soy como el lirio de los valles. Podrán encontrarme en el campo y en la colina, creciendo aquí y allá, por todas partes. Mi fragancia es abundante, accesible y fácil de encontrar”. El Señor se coloca junto al camino de la vida para que todos los que pasen y quieran, puedan tomarlo. Incluso los que no creen y, apresurados, van a través del campo, no pueden evitar toparse con él y respirar su dulce fragancia. Es un “olor de vida para vida” (2 Cor. 2:16).

Jesús quiere que usted hoy vea su belleza y permita que el perfume de su vida lo inspire.

Dios espera fruto

Basado en Lucas 13:6-9

“Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste. Lo llevaste con tu poder a tu santa morada” (Éxodo 15:13).

UNA DE LAS ventajas de vivir en un clima tropical es que casi todo el año podemos cultivar un huerto. A menos que se produzca una helada, el invierno es un buen momento para trabajar en el huerto. El clima es más agradable y las malas hierbas no son tan abundantes.

Hace años compré un toronjero. ¡Ojalá hubiésemos comprado uno cuando, veinticinco años atrás, nos mudamos a esta casa; ahora ya habría madurado completamente y daría una buena cosecha. Pero mi pequeño toronjero crece muy bien. Cada año nos da unas cuantas toronjas más que el anterior. Yo lo riego y procuro que las raíces estén libres de malas hierbas. Espero que la próxima temporada, cuando estén maduras, pueda recoger varias docenas de toronjas.

Para ilustrar la misericordia que Dios tenía con aquella generación de israelitas, Jesús contó una historia que hablaba de una higuera que no daba fruto. “El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas” (Luc. 9:56), dijo. Y también: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17).

En la viña de cierto hombre, entre las vides, se erguía una higuera. Aquel árbol tenía ciertos privilegios sobre el resto de la propiedad. Estaba en la viña, lo que significaba que el suelo era excelente y recibiría más cuidados que las demás higueras.

La iglesia de Dios es su viña y está apartada de las demás plantas por medio de una valla (ver Isa. 5:1, 2). Usted y yo somos higueras y fuimos plantados en esa viña por el bautismo. Cierta día, el dueño fue a buscar frutos pero no encontró ninguno; aunque razón no le faltaba para esperarlo. Cristo vino a los suyos de este mundo, los judíos, en busca de fruto. Tiene el ojo puesto en los que se benefician del evangelio para ver si viven según sus preceptos. Espera que den fruto.

No basta con las hojas y tampoco es suficiente con que florezcamos. Tenemos que dar fruto. Nuestros pensamientos, nuestras acciones y nuestras palabras tienen que ser las adecuadas al evangelio que el Señor Jesús nos comunicó.

“Según sea su obra”

Basado en Lucas 13:6 al 9

“¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12).

A CAUSA DE LA CRISIS que nos azota, no es extraño ver una casa o un edificio de oficinas que están prácticamente acabados pero abandonados por falta de dinero. Estoy seguro de que, detrás de cada edificio vacío podríamos encontrar una historia de esperanzas y sueños truncados. Todo proyecto abandonado representa una derrota.

Hay muchas sinfonías inconclusas o inacabadas, pero la más común es la nº 8 en sí menor, (1822, D759), de Schubert: “la Sinfonía Inconclusa”. Nadie sabe por qué motivo la 8ª sinfonía de Schubert quedó por terminar (completó dos movimientos y dejó esbozos para el *scherzo*). Se han imaginado razones románticas para explicarlo, pero lo más probable es que Schubert o bien la olvidara o bien la abandonara.

Que la historia de la higuera estéril esté inconclusa tiene un motivo. El propietario esperó tres años a que la higuera estéril le diera frutos, pero no consiguió ni uno, ni un solo higo... Muchos disfrutaban de los privilegios del evangelio y no hacen nada en absoluto para honrar a Dios o agradecerle que se los otorgara.

Los tres años de ministerio público de Cristo tocaban a su fin y la paciencia de Dios con los muchos que disfrutaban del evangelio pero no daban su fruto se había extendido hasta la agonía. ¡Cuántas veces ha venido Dios a nosotros en busca de fruto y no ha encontrado nada, casi nada o menos que nada! Además de no dar fruto, aquella higuera desaprovechaba un suelo precioso, le robaba el espacio a un árbol fértil y era una molestia para todos los que se encontraban a su alrededor. A menudo, los que no hacen el bien causan daño con su influencia o su mal ejemplo. Además, cuanto mayor es y más se extiende el árbol, mayor es el daño que puede causar.

El veredicto del propietario fue: “Córtenla”. Cuando de un árbol estéril se trata, no se puede esperar ningún otro veredicto que no sea cortarlo y echarlo al fuego como leña. Con toda razón, ¿por qué ocupaba un pedazo de suelo? ¿Por qué debería ocupar un lugar en la viña? Aquí tiene la pregunta sin responder. Usted tiene la respuesta.

Otra oportunidad

Basado en Lucas 13:6 al 9

“Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

EL HORTELANO INTERCEDÍA por la higuera. ¿Cuál era su ruego? Se trataba de un indulto: “Señor, déjala aún este año”. Su ruego no era : “Señor, no permitas nunca que la corten”, sino: “Todavía no, Señor”. El indulto es una bendición para los árboles estériles. Algunos todavía no se han arrepentido. Dios es misericordioso y les da más tiempo para que se arrepientan; por eso dio un plazo de ciento veinte años a los antediluvianos para que se arrepintieran e hicieran las paces con él. A Cristo, el gran Intercesor, le debemos que los árboles estériles no hayan sido cortados de inmediato. Si no hubiera sido por su intervención, cuando Adán pecó, el mundo entero habría sido cortado. Sin embargo, él dijo: “Señor, déjalo”.

Como colaboradores de Cristo, se nos anima a orar para que Dios tenga misericordia de las higueras estériles: “Señor, déjalos; deja que su tiempo de gracia se alargue un poco más; ten un poco de paciencia con ellos, ten misericordia de ellos y espera”. Así podremos interponernos y alejar la ira. Podemos orar para que los demás sean indultados, pero no perdonados. A ellos corresponde poner en acción su propia fe y su arrepentimiento; de otro modo, no puede haber perdón.

El hortelano se comprometió a hacer todo lo posible para obtener un indulto: “Hasta que cave a su alrededor y la abone”. Las obras tienen que acompañar siempre a nuestras oraciones. Parecía como si el hortelano dijese: “Señor, quizá no he hecho todo lo que era preciso por ese árbol; deja que pase este año y haré más de lo que he hecho hasta ahora”. Del mismo modo, en nuestras oraciones debemos pedir la gracia de Dios, acompañando la petición con la humilde promesa de cumplir con el deber.

“Pero”, añade el hortelano, “si no es así, córtala”. Aunque Dios es paciente, no siempre tolerará los árboles estériles. Su paciencia se acabará y, con toda certeza, los árboles sin fruto serán cortados y arrojados al fuego. Aunque sea necesaria, talar los árboles no es tarea que a Dios plazca.

Quiero ser un árbol fructífero que sirva de ejemplo para otros.

La oveja perdida

Basado en Lucas 15:4 al 7

“¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”
(Salmo 139:7)

EN ALGUNA PARTE LEÍ que los objetos no se pierden, sencillamente, están donde la gente no los busca. Quizá sea cierto con los objetos inanimados; pero los seres vivos, cuando se alejan un trecho de donde se supone que tienen que estar, pueden perderse. Estar perdido es estar fuera de alcance, sin poder encontrar el camino.

A veces, las ovejas se alejan del pastor. Para un pastor que ama su rebaño, la idea de perder una oveja es dolorosa. Cuando está sola, una oveja es un ser totalmente indefenso. Si un animal salvaje la encuentra, podría despedazarla en un instante. Una y otra vez el pastor se pregunta: “¿Qué le sucederá a la oveja?”.

De todas las criaturas, las ovejas son las más torpes. Un perro perdido puede encontrar el camino de vuelta a casa. Probablemente, un caballo sea capaz de regresar al establo. Pero una oveja vagará y vagará, adentrándose cada vez más en el desierto. Cuando una oveja se pierde, se ha perdido para siempre.

Una oveja está indefensa, no sabe cómo cuidar de sí misma. El camello puede oler el agua a grandes distancias y el buitres puede ver la comida desde muy lejos. Sin embargo, las ovejas son incapaces de encontrar nada por sí mismas. De todas las criaturas desdichadas, la oveja perdida se lleva la peor parte.

Suponga que nos cruzamos con un pastor que acaba de descubrir que ha perdido una de sus ovejas. Le preguntamos:

–¿Qué sucede? Parece terriblemente alterado.

–Es verdad, estoy muy alterado; una de mis ovejas se ha perdido.

–No se preocupe, se trata de una sola, todavía le quedan noventa y nueve.

–¿Y le parece poco haber perdido una? Si usted fuera pastor no pensaría así. Mire, en lo único que puedo pensar es en la que se ha perdido, no en las noventa y nueve que están a salvo.

Jesús contó la hermosa historia de un pastor y una oveja perdida porque quiere que sepamos cómo se siente cuando nos apartamos de él. Él no nos ha perdido; sabe dónde estamos. Pero podemos llegar a perdernos. ¿Ha oído al Buen Pastor que lo llama?

El valor de una sola

Basado en Lucas 15:4 al 7

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Juan 15:16).

¿QUIÉN NO SE HA PERDIDO en un momento u otro? El otro día regresaba a casa de una cita que distaba varias horas y me pasé de salida en la autopista. Tomé la salida siguiente, pero estaba tan perdido que tuve que llamar a mi esposa por teléfono para que me indicara cómo volver a casa. Ella creció aquí y conoce mejor la ciudad.

Jesús es el Buen Pastor y algunas de sus ovejas se han perdido. En un momento u otro todos nos hemos perdido, porque la Biblia dice: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Isa. 53:6).

Somos las ovejas de Cristo, porque él nos escogió desde antes de la fundación del mundo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). Y nosotros somos suyos porque el Padre nos dio a su Hijo: “Tuyos eran, y me los diste”. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo” (Juan 17:6, 24).

Quizá vaguemos durante un tiempo, pero el Buen Pastor no dejará que nos perdamos para siempre. “Porque así ha dicho Jehová, el Señor: “Yo, yo mismo, iré a buscar a mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré yo a mis ovejas y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad”” (Eze. 34:12).

“En la parábola, el pastor va en busca de una oveja, la más pequeñita de todas. Así también, si solo hubiera habido una alma perdida, Cristo habría muerto por esa sola” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 146). Martín Lutero dijo una vez: “He tenido muchas cosas en la mano y las he perdido todas. Pero todavía poseo todo lo que puse en manos de Dios”.

Si usted se pone en manos de Dios estará seguro.

Un corazón de amor

Basado en Lucas 15:4 al 7

“No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos
que se pierda uno de estos pequeños”
(Mateo 18:14).

¿POR QUÉ tenía que preocuparse el pastor por una sola oveja perdida y desobediente, cuando en el redil todavía le quedaban otras noventa y nueve? Una de las razones es que la oveja perdida le pertenecía. Otra es que amaba tanto a la oveja que no podía soportar la idea de que pudiera correr peligro alguno.

Nuestro Pastor nos ama tanto que no descansará mientras una sola de sus ovejas esté bajo el poder de Satanás. Jesús siente una profunda simpatía por todos los pecadores errantes. Conoce el dolor que trae el pecado y las cicatrices que deja. Por eso se aflige por cada oveja perdida.

Si alguna vez ha estado en casa de un niño que se ha extraviado jamás olvidará la ansiedad de los miembros de la familia. El padre corre a la comisaría y llama a la puerta de todas las casas del barrio. Si no encuentra a su hijo, el corazón se le partirá en dos. La madre, desesperada, no puede descansar hasta saber algo del niño. Ahora está usted en condiciones de entender qué siente Jesús por los que ama. Su corazón no descansará hasta encontrar a la oveja perdida.

Otro motivo para que el pastor se preocupe por la oveja perdida es que estaba bajo su responsabilidad. Perder una de sus ovejas significaría que no ha hecho bien su trabajo. ¿Se perdió la oveja porque no hizo algo que tenía que hacer, porque se descuidó, porque no vigilaba con suficiente atención?

Nada de esto se puede decir del Buen Pastor. Mientras estuvo en la tierra hizo todo lo posible para vigilar, cuidar y enseñar a sus discípulos. Al final de su ministerio le dijo a su Padre celestial: “Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12).

Así se siente por sus ovejas. Se alegra por las que están a salvo en el redil, pero no descansará hasta que encuentre a la perdida. ¡Qué extraordinario y amante Pastor!

Buscando la descarriada

Basado en Lucas 15:4 al 7

“¡Cuán preciosos, Dios, me son tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!” (Salmo 139:17).

EN CIERTA OCASIÓN, una familia se encontraba de compras en un gran centro comercial. En medio de la agitación y la diversión, uno de ellos se dio cuenta de que Mateo, el pequeño de tres años y medio, había desaparecido. El terror se apoderó de inmediato de su corazón. Habían escuchado las terroríficas historias según las cuales, en los centros comerciales, se raptaban niños que eran llevados a los aseos, donde los vestían con ropa diferente y les cambiaban el peinado para luego dedicarlos al tráfico de menores, y nunca más se volvía a saber de ellos.

A cada miembro se le asignó un lugar distinto para iniciar la búsqueda y se separaron. Al padre se le asignó el estacionamiento. Dice que nunca olvidará esa noche, dando patadas en la nieve recién caída, llamando a Mateo a todo pulmón. Aunque se sentía como un estúpido, su preocupación por la seguridad de su hijo superaba todos los demás sentimientos.

No tuvo éxito y regresó al punto de encuentro. La esposa no lo había encontrado. Y tampoco la abuela. Y entonces apareció el abuelo, con el pequeño Mateo agarrado de la mano. El corazón les saltó de alegría. Curiosamente, Mateo no estaba preocupado. Ni tan siquiera había llorado. Para él, no había ningún problema. El abuelo les comunicó que lo había encontrado en la tienda de caramelos. Allí estaba, contemplando tranquilamente todas esas deliciosas opciones. Mateo no parecía perdido. No sabía que se había perdido. No era consciente del terrible peligro en que se encontraba.

La nuestra es una cultura de tienda de caramelos, en la que la gente no parece perdida y no sabe que se ha extraviado, viviendo por el placer y los sabores del mundo. Quizá alguien que usted conoce no piense en absoluto en el Señor Jesús. Ni siquiera quiere buscarlo. Sin embargo, aunque esa persona no lo busque, el Señor sí la busca a ella. Sabe que se ha perdido y corre un gran peligro. Si no hubiera un Pastor celestial que piensa en ella, el suyo sería un caso desesperado.

No obstante, podemos hacer algo por los que amamos y están perdidos. Podemos presentarlos cada día en oración al Señor. Esto es la intercesión. También podemos consagrarnos al Señor para hacer todo lo que nos empuje a dar testimonio a esa persona. Dar testimonio no siempre implica decir algo. A veces basta con callar y mostrar paciencia cuando se nos rechaza. Ore para que el Señor lo ayude a ser paciente y amoroso.

Problemas con las ovejas

Basado en Lucas 15:4 al 7

“Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno” (Salmo 139:23, 24).

EL DEL PASTOR no es un oficio fácil. Puede parecer que no haga nada; pero un buen pastor tiene que saber cómo se comportan las ovejas y cuáles son sus instintos para dirigir las con éxito. Estos son algunos de los retos a los que un pastor debe hacer frente:

Las ovejas pasan el día comiendo hierba. Comen horas y más horas sin levantar la vista. Por tanto, puede que no se den cuenta de que han perdido de vista al resto del rebaño. No tardan en perderse, deambulando como sonámbulas, balando y sin dejar de pastar.

Es preciso encontrarlas rápidamente. Las ovejas no pueden digerir todo lo que pastan hasta que se tienden en el suelo. Pero las ovejas no tienen el suficiente sentido común para tenderse cuando tienen el estómago lleno y les duele. El pastor tiene que hacer que se tiendan por su propio bien.

Por naturaleza, las ovejas tienden a seguir a alguien. La vida de las ovejas es un largo juego de seguir al que manda. Si la oveja dominante se acerca al borde de un precipicio, todo el rebaño irá tras ella.

Las ovejas están indefensas ante los depredadores. Si un lobo consigue entrar en el redil, las ovejas no se defenderán. No tratarán de escapar. No se dispersarán. Todo lo que harán será apelonarse.

Si las ovejas caen en una corriente, se ahogan. Su tupido pelaje absorbe el agua rápidamente y no pueden nadar.

En definitiva, las ovejas están indefensas ante los peligros. No es de extrañar que la Biblia diga que somos como ovejas, sobre todo cuando estamos perdidos.

He aquí algunas palabras de consuelo para reflexionar: “Alma desalentada, ánimoate aunque hayas obrado impiamente. No pienses que quizá Dios perdonará tus transgresiones y permitirá que vayas a su presencia. Dios ha dado el primer paso. Aunque te habías rebelado contra él, salió a buscarte. Con el tierno corazón del pastor, dejó las noventa y nueve y salió al desierto a buscar la que se había perdido. Toma en sus brazos de amor al alma lastimada, herida y a punto de morir, y gozosamente la lleva al aprisco de la seguridad” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 147).

El rescate de la oveja

Basado en Lucas 15:4 al 7

“No dejes que se incline mi corazón a cosa mala, para hacer obras impías con los que hacen maldad; y no coma yo de sus deleites” (Salmo 141:4).

EN LOS HIGHLANDS, en Escocia, es frecuente que una oveja, deambulando por las rocas, entre en lugares de los que luego no puede salir. Los pastos de esas montañas son muy dulces y gustan mucho a las ovejas que, para comerlos, saltan a barrancos de tres o cuatro metros de profundidad. Luego, cuando se ven atrapadas porque no pueden saltar tan alto, balan para que las oiga el pastor.

Pueden estar así durante días, hasta haberse comido todo el pasto. El pastor espera que estén tan débiles que no puedan oponer resistencia. Entonces, sus compañeros le atan una soga a la cintura para que pueda bajar y sacar a la oveja del atolladero. ¿Por qué el pastor no baja justo después de que la oveja haya saltado? Como las ovejas son tan tontas, asustadas, correrían hacia el precipicio y se matarían.

En la historia de Jesús, el pastor sale de noche, antes de cenar. Sale a pesar del cansancio acumulado de todo el día llevando el rebaño. Se asegura de que las noventa y nueve pasarán la noche en lugar seguro y sale, haga viento o llueva. Por más que sus pies resbalen, por más que tenga las manos desgarradas por los espinos y la voz ronca de tanto llamar, busca sin cesar. Su única preocupación es encontrar a la oveja. Pensar que el Señor está decidido a rescatar a las almas perdidas reconforta.

Para el pastor es una búsqueda personal. No dice a uno de sus ayudantes: “Ve, sal a buscar la oveja perdida y tráela a casa”. No, sale él en persona. Si alguna vez se salva un alma del pecado, no será únicamente a causa de nuestro testimonio, del predicador o de los libros, sino a causa del Señor Jesús que sale a buscar sus ovejas. A pesar de que huyen, él va tras ellas.

Hay muchas ovejas perdidas que ni usted ni yo llegaremos a encontrar jamás. Nos damos por vencidos con demasiada facilidad. El cansancio y el desánimo se apoderan de nosotros. Nos precipitamos y damos la causa por perdida. En cambio, cuando Jesús busca sus propias ovejas, téngalo por seguro, las lleva de vuelta con él.

¿Ora por alguien? No se desanime.

Lo que se perdió es encontrado

Basado en Lucas 15:4 al 7

“Jehová está en medio de ti; ¡él es poderoso y te salvará! Se gozará por ti con alegría, callará de amor, se regocijará por ti con cánticos” (Sofonías 3:17).

¿LE GUSTA echar a volar la imaginación? ¿Puede hacer que a su mente acudan imágenes de cosas? A algunas personas les resulta más fácil que a otras. Son capaces de recordar los detalles de acontecimientos que sucedieron mucho tiempo atrás porque parece como si, mentalmente, tomaran una instantánea que les queda grabada en la memoria. Son capaces de recordar olores, colores, conversaciones y sonidos del pasado como si se hubieran producido ayer mismo.

Si puede, trate de imaginar lo sucedido en la historia del Buen Pastor. Es una de las imágenes bíblicas más alegres, emotivas y conmovedoras.

El pastor sale de noche en busca de la oveja. La llama una y otra vez hasta que queda ronco de tanto llamar. Está tan oscuro que apenas si ve algo unos pasos más adelante. Luego, suspirando de alivio, oye un débil gemido en la distancia. Siguiendo el sonido, y arriesgando la propia vida, trepa hasta el borde mismo del precipicio. Mientras busca aquí y allá, se da cuenta de que el gemido es cada vez más débil. La oveja está a punto de morir. Pero al final su esfuerzo se ve recompensado: encuentra a la extraviada.

¿Se imagina la alegría y el alivio que siente el pastor cuando encuentra a su oveja perdida? Ríe y llora a la vez. Con cuidado, examina a la oveja para ver si tiene algún rasguño o un hueso roto. ¿Piensa que regaña a la oveja o la castiga golpeándola con la vara por haberse alejado? No, al contrario; con alegría, la toma en brazos. Seca el pelaje lanoso con el manto mientras le habla como quien habla a un bebé. Se lleva la oveja a los hombros y, cantando, la trae de regreso al redil. Entonces el pastor llama a sus amigos y vecinos, diciendo: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido” (Luc. 15:6).

Quiero recordar siempre esta imagen de Jesús, el Buen Pastor, porque todos hemos sido como esa oveja: estuvimos perdidos, nos encontró y nos llevó en hombros.

Él lo llevará

Basado en Lucas 15:4 al 7

“En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, los trajo y los levantó todos los días de la antigüedad”
(Isaías 63:9).

TRAS LEVANTAR la oveja que se había extraviado y cargarla a hombros, el pastor adoptó un nuevo papel. Ahora él servía a la oveja en lugar de servirse de ella. A nadie, por mucho que le gusten las ovejas, se le ocurriría tener un rebaño de ovejas con el solo propósito de servir las. En todo caso, es al revés. El pastor cuida las ovejas para que lo sirvan proveyéndole lana, carne y leche. De hecho, la riqueza de un pastor se determina por el número de ovejas que posee. Si lo sirven bien, no tarda en enriquecerse. Si enferman o se retrasan en el crecimiento, lo sirven mal.

Pero en la parábola, el peso de la oveja recae sobre el pastor. Ahora la oveja va descansada y el pastor soporta la carga. La oveja descansa mientras el pastor trabaja. Jesús dijo: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Luc. 22:27). “Hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). En la cruz cargó con el peso de nuestros pecados. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6). Nos cuesta pensar que el Hijo de Dios se hiciera subordinado de los hijos de los hombres. El Creador del cielo y la tierra llevó sobre sus hombros el peso de los pecadores.

Al llevarla en hombros, el pastor hace un acto de misericordia. Probablemente, la oveja no podía caminar; por eso, amablemente, la lleva sobre sus hombros de vuelta al redil. ¡Qué bendición saber que vamos a hombros del Señor Jesucristo! “El amado de Jehová habitará confiado cerca de él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará” (Deut. 33:12).

Cristo nos dice: “Yo, el que hice, yo os llevaré, os sostendré y os guardaré” (Isa. 46:4). No tenemos que tener miedo de tropezar y mucho menos de caer. Los pies del Pastor van por el camino con paso seguro. Ningún peligro debiera hacernos temer porque él puede llevarnos a hombros hasta su casa en el cielo.

Se alegrará por usted

Basado en Lucas 15:4 al 7

“El gozo de Jehová es vuestra fuerza”
(Nehemías 8:10).

CUANDO LEEMOS la parábola de la oveja perdida, una de las sensaciones más atractivas que distinguimos es la profunda alegría que el pastor experimenta al encontrar a la oveja. Aquel hombre que había perdido una oveja ahora está lleno de gozo por una única razón: la ha encontrado. Mientras que antes era el objeto de su preocupación, ahora es el objeto de su alegría. “Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso” (Luc. 15:5).

Si alguien le dice: “Pastor, pesada es la carga para ti...”, alegre, responde: “Estoy contento de llevarla a hombros”. Cuando encontró al hijo extraviado, la madre no dijo: “Es una carga dura de llevar”. Al contrario, lo abrazó de todo corazón. No le importó si era o no pesada, para ella era una carga preciosa. Se sentía feliz de volverla a cargar.

¿Recuerda el texto: “El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, [...] se sentó a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12:2)? Cuando Cristo cargó con nuestros pecados, lo embargó una gran tristeza; pero, cuando vio que habíamos sido salvados de nuestra condición perdida, lo invadió un gozo aún mayor. Dijo para sí: “Los he cargado a hombros y ahora nadie puede hacerles daño y tampoco pueden alejarse de mí. Cargo con el castigo de su pecado para que ellos no tengan que cargar con él nunca más. Soy su sustituto. Cargo con la justa ira de mi Padre para que ellos no tengan que hacerlo jamás”.

Estimado lector, salvarlo a usted fue para Jesús una gran alegría. Aunque estaba feliz con el Padre, disfrutando de la adoración de los ángeles, quiso tomar sobre sí nuestra naturaleza y sufrir en nuestro lugar para traernos de vuelta a la santidad y a Dios.

Ese día el pastor solo tenía una alegría: había encontrado su oveja. Asimismo, el peso del animal sobre sus hombros aligeró su corazón; porque sabía que el objeto de sus preocupaciones estaba a salvo de manera incuestionable.

Usted también está a salvo en los brazos de Jesús.

El amor de Dios por los pecadores

Basado en Lucas 15:11 al 32

“Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó” (Lucas 15:20).

SEGÚN UN MÉDICO, un estudio descubrió que el absentismo laboral por enfermedad en los que cada mañana besan a su esposa es menor que en los que no la besan. También sufren menos accidentes de automóvil cuando van de camino al trabajo. Su sueldo es entre un 20 y un 30% superior y viven alrededor de cinco años más que aquellas parejas que ni siquiera se acarician la mejilla.

La razón, dice el doctor, es que los besucones empiezan el día con una actitud positiva. Un beso significa una especie de sello de aprobación; por lo que se cree que los que, por las razones que sean, no lo reciben cruzan la puerta con una cierta sensación de malestar consigo mismos. Tanto si usted da crédito a este estudio, como si no, un beso de despedida cada mañana no le hará daño.

Uno de los más tiernos y conmovedores besos que registra la Biblia es el beso que el padre dio a su hijo pródigo cuando este regresó a casa. La parábola se registra en Lucas 15. En el versículo 20 leemos: “Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó”. Ese beso era el sello de la aprobación del padre, la evidencia de que lo amaba.

¿Acaso duda de que Dios lo ama tanto como el padre de la parábola amaba a su hijo? ¿Acaso no lo despertó esta mañana? ¿Acaso no escuchó el canto de un pájaro y vio un árbol cargado de hojas verdes? ¿Acaso de noche no ve las estrellas y de día no siente los cálidos rayos del Sol? ¿Todavía necesita más pruebas? Si es así, contemple las últimas escenas de la vida de Cristo en la tierra.

Cierto monje medieval anunció que iba a predicar sobre “El amor de Dios”. Cuando cayeron las sombras y la luz dejó de entrar por los ventanales de la catedral la congregación se reunió. En la oscuridad del presbiterio, el monje encendió un cirio y lo llevó al crucifijo. Primero iluminó la corona de espinas, luego las dos manos heridas y finalmente la herida en el costado causada por la lanza. En medio del profundo silencio de la congregación, apagó el cirio y abandonó el lugar. No había nada más que decir.

Me levantaré

Basado en Lucas 15:11 al 32

“¡Mirad por vosotros mismos! Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces al día vuelve a ti, diciendo: ‘Me arrepiento’, perdónalo” (Lucas 17:3, 4).

EN UNA REGIÓN remota de Canadá hay un pueblo que, durante cierto tiempo, estuvo aislado. Un día abrieron un camino de tierra para llegar hasta él. Ese pequeño pueblo ahora tiene un camino de entrada y salida. Si alguien llega a ese pueblo, solo tiene una manera de salir de él: dando la vuelta. Esa es la definición de arrepentimiento: darse la vuelta y andar en la dirección opuesta.

Todos nosotros hemos nacido en un pueblo que se llama Pecado y solo hay una manera de salir de él: el camino que construyó Dios. Hasta que Dios no intervino, no había manera de abandonarlo. Ese camino es su Hijo. Jesús dijo: “Yo soy el camino” (Juan 14:6). La Biblia llama arrepentimiento a la decisión de tomar el camino que nos llevará fuera del pueblo del Pecado.

Mientras todavía estaba en un país lejano, el hijo pródigo tomó la decisión: “Me levantaré e iré a mi padre”. No se limitó a decirlo, lo hizo: “Entonces se levantó y fue a su padre”. La decisión de regresar a casa era buena, pero su vida solo empezó a cambiar cuando se puso en marcha.

Mientras el joven perdido todavía iba de regreso a casa, su padre salió a buscarlo. No dice que el hijo pródigo viera a su padre, sino que fue este quien lo vio a él. Los ojos de la misericordia son más rápidos que los ojos del arrepentimiento. Los ojos de nuestra fe son débiles comparados con los ojos del amor de Dios. Él ve al pecador mucho antes de que el pecador lo vea a él.

Allí estaba el hijo, dispuesto a confesar su pecado. Cuanto más ansiamos confesar nuestro pecado, tanto más desea Dios perdonarnos. Tan pronto como reconocemos nuestros pecados, Dios se afana en borrarlos del libro. Eliminará cualquier pecado que, de corazón, reconozcamos y confesemos ante él. Para él no hay pecado demasiado grande o demasiado pequeño que no pueda perdonar.